

La ética solidaria como motor del cambio social

Como hemos visto a lo largo de este módulo, el mundo de la Cooperación tanto institucional como de ONGD y otros movimientos o asociaciones sociales se muestran partidarios de la ED y declaran que sus acciones deberían ser prioritarias. Sin embargo, hemos visto que en la práctica no existen en nuestro país ni estrategias generales claras, ni dotación presupuestaria específica y suficiente, ni criterios de calidad, de impacto, para seguimiento y evaluación de estas actividades. También se observa que la cooperación descentralizada, de Gobiernos Autonómicos y Ayuntamientos, tiene más voluntad política para apoyar iniciativas de ED y sensibilización o concienciación ciudadana sobre desigualdades, políticas de cooperación y espacios para la participación solidaria.

Tampoco las ONGD han modificado significativamente las proporciones entre sus esfuerzos por cambiar el Sur y los dedicados a modificar el Norte. Tal como se puede observar en los informes utilizados para la redacción de este módulo o en las cifras reseñadas en las sucesivas ediciones de “La realidad de la Ayuda” (publicación anual de Intermón- Oxfam) en las que apenas se puede encontrar algún dato de interés que aluda a la ED o a la sensibilización.

Estas constataciones pueden llevar a una visión pesimista para la ED. Sin embargo, y a pesar de no poder obviar esta contradicción entre declaraciones de principios y políticas reales de actuación, es importante destacar lo mucho que ha mejorado la cantidad y la calidad de producciones de materiales, de reflexión y de acciones de ED desde 1987 hasta el año 2003. A pesar de las carencias financieras y otros obstáculos, se han multiplicado las ofertas de formación universitaria y post-gradados en cooperación internacional. Se han realizado numerosas experiencias en escuelas primarias, secundarias y formación profesional. Se ha mejorado considerablemente la publicación de libros, materiales didácticos videos y productos multimedia.

Lo preocupante sigue siendo la falta de coherencia de autoridades y organizaciones solidarias que siguen presentando un discurso esquizofrénico en el que se asegura que lo más importante es cambiar el Norte, globalizar la justicia y la equidad, educar en el respeto a otros pueblos, de los derechos humanos y de la mitad de la población mundial constituida por mujeres; y para eso se dedican menos del 10% de los ya escasos recursos de cooperación gestionados por ONGD.

Desde el punto de vista pedagógico se mira con desconfianza la importancia de educar en valores sociales. Casi toda la comunidad educativa se aferra a los conocimientos académicos y dedica poco a la formación de la persona con las consecuencias que esto tiene en el deterioro de la convivencia o en el aumento de la intolerancia. Además estas mismas consecuencias, que desgraciadamente son noticia en cuatro de cada cinco informativos, muestran que el nivel académico baja de forma directamente proporcional al aumento de los conflictos de valores.

Para otra mirada, superficialmente optimista, bastaría con estructurar bien un tipo de educación para que las generaciones formadas según sus cánones, dieran como resultado un modelo óptimo de desarrollo. Sin embargo, la ED no es un proceso simple o puramente mecánico. La dificultad para poner en marcha buenas prácticas de E.D. es

que coexisten muchas ideas diferentes e incluso contradictorias, sobre lo que se supone que es el buen desarrollo o la educación óptima.

Desarrollarse es una necesidad vital e intrínseca de toda sociedad pero no todos los pueblos entienden el desarrollo de la misma manera, ni valoran la participación con idénticos parámetros, ni utilizan los mismos métodos educativos para transmitir conocimientos científicos, técnicos o pautas de comportamiento social.

Por eso, para que la cooperación y la solidaridad sean una verdad indisoluble, en los últimos tiempos, la ED insiste en la necesidad de introducir la dimensión Sur, tanto en sus actividades de investigación y formación como en el conjunto de las áreas de cooperación. La Dimensión Sur significa hacer participar activamente a los beneficiarios de toda acción de educación o de cooperación al desarrollo. Significa desechar la idea paternalista de considerar a los demás como receptores pasivos, ignorantes de su propia realidad e incapaces de transformarla.

El diálogo, el intercambio de opiniones y la equidad en la capacidad de intervención y decisión, son las premisas que garantizan la continuidad de las mejoras en la formación. Esta es una de las claves para el éxito o fracaso de los proyectos de sensibilización y de ED, así como de las políticas de Cooperación al Desarrollo.

Desde una perspectiva de Cooperación y Educación para el Desarrollo es necesario preguntarse de forma permanente: ¿Qué papel cumplen las instituciones dedicadas a la Cooperación? ¿Cuál es el que incumbe a las Organizaciones No Gubernamentales? ¿Cómo deben participar distintos sectores sociales? ¿Cuáles serán las responsabilidades o iniciativas personales en este campo? ¿Cómo superar las contradicciones internas de cada sociedad? ¿Cómo limar las asperezas o tensiones que se originan entre Estados o entre distintas culturas? ¿Cómo crear espacios de libertad y responsabilidad tanto en el contexto local como en el plano internacional? ¿Cómo educarse y cómo educar en la participación, la responsabilidad social y solidaridad internacional?

Como suele ocurrir, no existe una respuesta definitiva a ninguna de estas preguntas pero sí algunos elementos de los que no podemos prescindir si abogamos por una convivencia global basada en el respeto, la justicia y el bienestar generalizado que idealmente alcance a todas las personas que habitan este planeta.

Dice Enrique Miret Magdalena (1996) “Somos libres porque somos responsables; y lo somos porque nada ocurre sin relación con los demás”. Dicho de otra forma: no existe libertad sin su correlato, la responsabilidad y, tanto una como otra, se construyen socialmente.

Educar para el Desarrollo y en la co-responsabilidad social, es una tarea fácil de enunciar pero muy difícil de realizar. Esto sería lograr el desarrollo afianzándose sobre la democracia integral, que, según Bengoa, es uno de los pilares necesarios para consolidar un proceso sostenido de desarrollo humano. La Democracia Integral, está compuesta por tres partes esenciales:

1. La Democracia Formal
2. La Democracia Fundamental
3. La Democracia Sustancial

La primera es un mecanismo garante de la equidad de representación en la programación y gestión del proyecto comunitario de desarrollo. Permite expresar la voluntad individual mediante el voto y la voluntad colectiva según el cómputo de votos y la representatividad proporcional que de allí se derive. El problema de confundir este aspecto parcial con la democracia en su conjunto, es que la responsabilidad ciudadana se limita a elección de representantes. El proyecto común queda en manos de una minoría, reduciendo en exceso la participación, debilitando la equidad y la credibilidad de la gestión.

La democracia fundamental que es la que concierne al marco jurídico regulador, a la producción, gestión y distribución equitativa de bienes. Estos responden a las necesidades humanas más importantes que, según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), caracterizan la solidaridad interna y el desarrollo humano de una sociedad. Esta es una parte esencial de todo proyecto comunitario de desarrollo que deben asumir las instituciones, es decir la gestión pública, y también individuos y asociaciones que forman la sociedad civil.

La democracia sustancial alude a las iniciativas sociales, a la participación de la comunidad en su propio desarrollo y al espacio plural de colaboración entre distintos sectores y tendencias.

Este esquema deja claro que el desarrollo social más completo es el que logra compaginar las necesidades y responsabilidades individuales con las colectivas. La no superación de las contradicciones entre intereses colectivos e intereses individuales deriva de la ausencia de uno o más niveles de democracia o a la falta de vínculos entre ellos. Por este motivo fracasan los Programas de Desarrollo muchas de las Ayudas Humanitarias, Ayudas de Emergencia, Proyectos de Cooperación, porque insertan sus actividades técnicas sin haber fortalecido la ED, las condiciones de participación, de respeto, de garantías y de equidad en la distribución de bienes, servicios, derechos y obligaciones.

Como se ha afirmado antes, una de las funciones más importantes de la E.D. es la de fortalecer la Democracia Integral en el seno de los países donantes y también dentro de las comunidades beneficiarias. Tanto las instituciones como las organizaciones no gubernamentales u otras asociaciones dedicadas a la solidaridad local o internacional han fortalecido un sector de la democracia menospreciando el valor del resto, sin comprender que esa misma actitud socava seriamente toda condición indispensable para lograr el desarrollo humano sostenible.

Dado que pertenecemos a un mundo interdependiente, sumergido en un imparable proceso de globalización, hay que insistir en que hoy no basta una Democracia Integral lograda sólo a nivel local, que no tendría muchas probabilidades de subsistir. Es este postulado el que da sentido a los programas de cooperación y especialmente a la Educación para el Desarrollo, pues tal como afirmara Ramonet (1996): “Hay que recuperar el proyecto de una acción colectiva ciudadana, el proyecto de una acción internacionalista ciudadana. Yo creo que es, hoy en día, la mejor visión positiva de una concepción democrática moderna”.

Hacer más sólida la Democracia Integral requiere respuestas locales e internacionales intercambiando conocimientos teóricos y prácticos, técnicas, métodos de trabajo y de enseñanza –aprendizaje para hallar las vías de solución de conflictos y dar credibilidad a

la Cooperación al Desarrollo pues como señaló R. Díaz-Salazar (1995) “la solidaridad no surge de la nada, sino de un determinado cultivo de las mentalidades, sentimientos y voluntades”. Educar en la participación, entrenar a los distintos sectores sociales en el compromiso activo, es tanto o más importante que utilizar métodos de formación interactiva.

En otras palabras, la E.D. debe tener como prioritaria la transformación social positiva basada en la participación, involucrar a la mayor cantidad de sectores sociales en el respaldo a la solidaridad y la Cooperación porque “... si estamos instalados en la cultura de la insolidaridad ..., el gran reto que se impone es construir la contracultura de la solidaridad. Dicha contracultura debería tener un gran objetivo: transformar los modos dominantes (insolidarios) de pensar, sentir y actuar.” (R. Díaz de Salazar, 1995).

Sería deseable, pues, que las instituciones y el tejido social, incluidas las ONGD comprendieran la trascendencia que tiene apostar por una estructuración adecuada y una práctica sostenida de la ED. Mientras se eluda este compromiso, la cooperación seguirá al par de la lógica del mercado, absolutamente determinada por las relaciones desiguales e insolidarias con escasas o nulas posibilidades de transformación del panorama internacional. La E.D. concebida como una educación dinámica e interactiva, diseñada para influir a nivel local e internacional, puede contribuir a la creación de la ciudadanía internacional (Éducation a la Citoyanité) de la que tanto se habla y que poco se practica. En definitiva, la E.D. es la otra forma de cooperar que introduce la posibilidad de concienciación y cambio de actitudes en el Norte, con las consiguientes consecuencias beneficiosas para el Sur.

Miguel Argibay. 2000